

## BENDICION

### DE LA PRIMERA BANDERA

Como en más de una ocasión se ha dicho que es prestado el pabellón que en alma de cada patriota tiene un altar, no carece de oportunidad recordar cuándo fué consagrado.

La plaza de Ayacucho, antiguamente llamada de San Agustín, está situada en la parte sur de Bogotá y rodeada de lugares señalados por acontecimientos famosos.

En el costado norte está el Colegio de la Enseñanza, que limita con la casa donde nació el Precursor, abatida y reemplazada por el Palacio de los Presidentes.

En el lado oriental comienza la amplia calle que se formó al cubrir el riachuelo de San Agustín. Quien suba dos cuadras por ella, encontrará el puente bajo el cual se libró el Libertador del puñal de los conjurados, el veinticinco de septiembre.

Hacia el occidente encuentra el observador una casa santafereña, con una plancha de mármol en el frontispicio, donde se lee en latín, que ese edificio lo honró con su vida y sus virtudes Francisco José de Caldas; un jardín con el busto en mármol del artista Garay; y un amplio cuartel de regimiento, donde R. Reyes fundó la Escuela Militar.

En el costado del sur está un edificio colonial que ocupa toda la manzana, edificado de dos pisos, con grandes salas y corredores, que era convento de Agustinos antes de Mosquera y hoy es alojamiento de dos cuerpos del ejército. Este edificio es célebre en nuestras por fortuna desaparecidas guerras civiles, por la tenaz resistencia que las tropas liberales, a órdenes del General Barriga, sostuvieron al General Canal, audaz y valeroso.

A un lado de la plaza está la estatua en bronce del gran Mariscal de Ayacucho, y al otro, la primera piedra para colocar la estatua de Córdoba.

En el ángulo suroeste de este lugar histórico y militarizado, se eleva en piedra la iglesia de San Agustín, reliquia colonial que no ha modificado el tiempo nuevo, que el visitante encuentra hoy como debió estar el 24 de septiembre de 1748, cuando fué solemnemente con-

sagrada por el Arzobispo de este Nuevo Reino, Ilmo. Sr. D. Pedro Ph. de Azua.

En ese templo, donde vagan las sombras de los hidalgos desaparecidos, tuvo lugar una ceremonia que pudo ser sencilla pero que no pudo ser más trascendental: la bendición de las primeras banderas nacionales, el 31 de agosto de 1813.

El hecho histórico lo narra un testigo presencial y lo repiten Ibáñez y Domínguez.

En la mañana de aquel día fueron llevadas a la iglesia las banderas tricolores con las armas de la nueva república y las banderas del rey con el escudo español.

Se revistió el Rvdo. P. Florido, fraile franciscano, y después de rezar en latín varias oraciones del ritual, retiró la bendición de las banderas reales y las entregó al futuro mártir D. José Miguel Pey, quien las hizo pedazos con una navaja, rasgó esos pedazos con las manos, y los entregó al padre provincial Chavarría, que los arrojó a un lado del presbiterio. Estaba consumada la primera parte.

Después vino la ceremonia creadora. El canónigo Duquesne tomó las banderas tricolores, las bendijo y puso en manos de los oficiales. Celebró luego el sacrificio de la misa. A tiempo del Evangelio, los oficiales de los regimientos de "Artillería" y "Granaderos" sacaron las espadas y juraron bandera.

Desde aquel día, en aquel lugar, quedó impreso en los pliegues del tricolor de Colombia el nuevo título de legitimidad. La Iglesia acogió la justicia de la independencia al imprimir sello de protección espiritual a ese símbolo.

Pocos días después vino la guerra del sur, cuya causa por la unidad nacional estuvo defendida por Nariño. Los batallones "Defensores de la Patria", "Granaderos", "Nacionales" y de "Artillería" llevaron la bandera jurada, la misma que en años posteriores fué ennoblecida con sangre de mártires, llevada en triunfo hasta las altiplanicies de Bolivia, desgarrada por las contiendas internas, y es la misma que en esta hora próspera, bate el viento en la cúpula del capitolio.